EX-MACHINA

Desde el momento en que nacemos nuestro camino está marcado.

Esto no ha sido así siempre, pero con lo que queda del mundo no tenemos demasiadas alternativas.

En Steam Garden todo se reduce a un único sendero: el servicio militar. Este es obligatorio para todos los niños mayores de 10 años. Una locura, ¿verdad?

Pero este es el mundo en el que vivimos.

Del total de la población humana que quedaba en este planeta hace 200 años solo sobrevivió el 20%. El resto fue aniquilado por los Ex-Machina.

No obstante, no es de extrañar. Nosotros mismos nos lo buscamos. Ningún humano debería jugar a ser Dios.

200 años atrás, los eternos conflictos de nuestra especie llevaron a la humanidad a crear a los Ex-Machina. Quisieron jugar con el ADN para crear súper soldados carentes de sentimientos, perros fieles que solo se guiaban por la lógica.

Pero la lógica de estos nuevos humanos era distinta a la nuestra.

Para ellos, los sentimientos de nuestros corazones era lo que nos volvía peligrosos.

Odio, ira, venganza…

Estos sentimientos eran los que corrompían el mundo. Y por ello decidieron exterminar al 80% de los nuestros. Al resto, les dieron la oportunidad de comenzar de nuevo.

Irónicamente, nuestro exterminio era la solución acertada. Madre Tierra volvió a brillar como en épocas de antaño.

Pero esto a la humanidad nunca le ha importado. Satisfacer su propio ego es el único interés que tiene el hombre. Y esto no iba a cambiar ni en el supuesto de que la Tierra estallase en mil pedazos.

Somos seres egoístas, y quien intente desmentirlo es que no está siendo sincero.

Nuestros caminos se distanciaron, y nos vimos obligados a vivir en una pequeña superficie llamada Steam Garden, no mayor al tamaño de la antigua Hokkaido. Allí prosperamos, comenzamos la evolución del hombre desde 0.

Pero el rencor seguía estando ahí.

Durante estos 200 años nos hemos estado preparando. Los niños han sido criados como soldados. Todo ser en Steam Garden sería capaz de luchar en una guerra. Pero los niños somos su futuro. Mi generación evoluciona a un ritmo acelerado, despertando genes inactivos que habitaban en nuestro ADN, haciéndonos más fuertes, más rápidos, más inteligentes.

Con este nuevo despertar, podríamos equipararnos a la fuerza de los Ex-Machina.

El 23 de Enero del año 254 d.Ex., el Cuerpo de Recuperación, Crimson, emprendió una expedición más allá de nuestro territorio, hacia el Sector B-36.

Allí se hallaba uno de los Clúster de los Ex-Machina. Era el primer lugar donde atacaríamos, nuestra primera batalla después de tanto tiempo, el inicio de nuestra primera gloria.

Todos los soldados de mi unidad, conformados por mujeres y hombres de entre 12 y 25 años, tenían esa sed de venganza arraigada en sus corazones.

No es de extrañar, pues este es un sentimiento que nos imponen desde el momento en que nacemos. Lo primero que nos enseñan es a odiar a estos seres.

Pero en mi caso es diferente. Mi padre es comandante en jefe de la Policía Militar, y mi madre científica en el Cuartel General de Investigación y Desarrollo Científico.

Ellos, mejor que nadie, conocen la verdad sobre este mundo. Me ensañaron a no odiar lo desconocido. A no discriminar a nadie sin conocerle. A saber discernir lo que es cierto de lo que es falso según mi propio criterio.

Y eso iba a hacer. Por eso me alisté voluntariamente para esta misión, por eso me esforcé por sacar las mejores calificaciones de mi promoción.

En esta incursión, descubriría por mí misma lo que realmente significaba ser un Ex-Machina.

El camino fue largo, pasamos 9 días de viaje ininterrumpido. Y cuando por fin llegamos al Sector B-36, el recibimiento no fue el esperado.

Nuestra previsión fue que, al acercarnos tanto a su Clúster, los Ex-Machina nos dispararían como advertencia. Que se resistirían una vez cruzáramos su territorio. Pero no hubo respuesta hostil.

De hecho, no hubo respuesta de ningún tipo.

Entramos en su fortaleza preparados para la batalla. Pero nada. No se oía ni el zumbido de una mosca. Sopló el viento del Este, y el olor de sangre inundó nuestras fosas nasales.

Recorrimos el camino hacia el lugar de donde provenía el olor.

Los edificios de esa zona estaban destruidos. Los Ex-Machina yacían en el suelo, con los rostros totalmente demacrados. El rojo teñía el pavimento y el gas de las tuberías rotas contaminaba el ambiente.

Algo había acabado con ellos antes de que la legión llegara.

Me sentí mareada ante aquella visión. Era la primera vez que veía la muerte tan de cerca, y no era para nada una sensación agradable.

Me separé del grupo para tomar algo de aire fresco.

Según me alejaba, percibí un pequeño rastro de sangre que llevaba hacia lo que parecía ser un almacén abandonado. Ensanché la apertura de la gran puerta metálica y accedí a su interior.

La oscuridad y el olor a polvo y óxido invadían el lugar. A tientas, llevé mi mano hacia lo que parecía ser un interruptor. Una leve luz dispersó la oscuridad, y seguí el rastro de sangre que pintaba el suelo.

A lo lejos, entre las sombras generadas por unas grandes placas de metal corroído, y apoyado sobre una gran viga de hormigón, hallé a un chico tirado en el suelo.

Su apariencia no era mayor a la de un niño de 10 años, y tanto su rostro como su ropa estaban empapados en sangre.

No sabía bien qué era, pero me recordaba a mi pequeño hermano.

Dudé por unos segundos. En parte por la emoción, en parte por el miedo.

Al percibir mi presencia, el chico alzó la mirada. Su lacio y oscuro cabello resaltaba sus grandes ojos rojos, que penetraron en mi interior. Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Su mirada era tan fría. Tan imponente. Tan vacía.

Me armé de valor y me acerqué a él, con paso tembloroso. Estaba nerviosa, así que para calmarme recordé todo lo que me dijeron mis padres.

Con un leve titubeo le pregunté sobre lo ocurrido en el Clúster, sobre la sangre en su cuerpo. De cualquier forma, no parecía que la sangre fuera suya.

No recibí respuesta por su parte, y por un momento pensé que quizá no me entendía. Algo raro, pues supuestamente deberíamos tener una misma lengua en común.

El pequeño me miraba fijamente sin siquiera pestañear, hasta que finalmente decidió hablar.

- Ilógico. – Esa fue su primera palabra e, irónicamente, carecía de lógica. Al percibir la confusión en mi rostro el pequeño continuó. – El Clúster EX-017 estimaba lógico erradicar a los descendientes de los humanos que sobrevivieron a la Gran Purga. Los humanos se mantuvieron inactivos y sin señales hostiles durante 200 años, por lo que un ataque ahora era ilógico para esta unidad.

Sus palabras sonaban vacías, sin emoción alguna.

No comprendía realmente a qué se refería, así que puse mayor atención a sus palabras. Al contrario de lo que me habían enseñado en la academia, la comunicación entre ambos bandos era posible.

- Esta unidad decidió acabar con el Clúster EX-017 para evitar daños mayores. Una nueva masacre humana en estos tiempos de paz desencadenaría una venganza por parte de los nuevos supervivientes de esta raza, y provocaría una nueva guerra entre humanos y Ex-Machina. Para prevenir esta situación, la unidad EX-017a21-181 decidió exterminar a todos los Ex-Machina de este Clúster.
- ¿Has acabado con todos tus compañeros, por miedo a una guerra?
- Esta unidad no posee sentimientos. No conoce el miedo, ni el remordimiento, ni la tristeza de perder a un ser querido. Todos los Ex-Machina son reemplazables. Por otra parte, esta estación se trata de una base militar, por lo que ninguna vida inocente ha sido sesgada. Lógicamente, que un Ex-Machina acabe con la vida de sus pares es preferible a provocar una guerra.

- Entonces, ¿has hecho esto por los humanos?
- Temer los sentimientos de un corazón es irracional. Odio, ira, venganza… Su significado es el de sentimientos obscuros y dañinos, pero lo más lógico es pensar que dentro de un corazón también existen sentimientos no nocivos. Los humanos nos arrebataron esa posibilidad al jugar con nuestro ADN, nos convirtieron en máquinas de matar sin sentimientos. Pero llegar a sentir algo es el mayor deseo de esta unidad.

Cerré los ojos y respiré profundamente. Entendía su lógica, pero no la compartía. Sea el bando que sea, no se debería derramar sangre. Pero lo que más me dolía era el hecho de que él había llevado a cabo esta medida creyendo en nosotros. Creía en los humanos.

Y aún así nuestra misión era matarlos.

Me acerqué a él y me puse a su altura.

- ¿Sabes? EX-017a21-181 es un nombre bastante complicado de recordar. Si no tienes ningún otro nombre, yo podría dártelo.

El chico me miró con ojos curiosos. Quizá porque una chica humana quisiera darle un nombre a quien se supone su enemigo, quizá por haber recordado su número de unidad con una sola mención.

Sea lo que fuere, el chico parecía confundido. Sus ojos brillaron en el instante en que posé las yemas de mis dedos sobre su mejilla.

En ese momento, un gran estruendo metálico resonó en el almacén.

Los miembros de mi unidad invadieron el lugar, con sus armas apuntadas al chico.

- Aléjate de ese demonio, recluta. – Las palabras de mi superior golpearon en mi pecho. No me agradó que llamara demonio a quien nos había protegido.
- No lo entiende, señor. Este chico nos ha salvado a todos. Los Ex-Machina de este Clúster querían atacarnos, y él lo ha evitado.
- Con más razón. Eso demuestra la violencia y peligro de ese monstruo. Como medida de precaución, debemos exterminarle antes de que él lo haga.

Enfadada, me levanté y le planté cara.

- No tiene la certeza de que eso vaya a ocurrir, señor. Es ilógico matarle por ese motivo. Un Ex-Machina nos ha salvado, y aún así nosotros hemos venido para matarles.
- Y entonces, ¿cuál es el problema? – mi capitán sonrió de medio lado, su mirada relucía crueldad. – Solo vamos a terminar lo que hemos venido a hacer.

Miré al pequeño, que nos observaba en silencio.

- ¿Ibais a atacar? – preguntó pausadamente. Quería responderle, mas las palabras se atoraron en mi garganta. Le miré fijamente a los ojos. Me sentía mal por él.

Cuando me di cuenta, sentí el cañón sobre mi espalda. El ruido del arma disparándose nubló mi mente.

Pasaron unos segundos hasta que me percaté de que mi pecho había sido atravesado por una bala de plomo. Sentí la sangre brotando, y caí al suelo por inercia. Mis sentidos se oscurecieron, todo a mi alrededor daba vueltas.

Si no fuera por los genes activos en mi cuerpo, ya estaría muerta.

En ese momento, lo único que pude sentir fue el corazón frío del chico. Esa era una de las habilidades que otorgaba el gen K0-110-R15, sentir lo que sentían los demás. En el instante en que mi pecho fue atravesado, este despertó.

Sentí como la ira inundaba el pecho del pequeño. En un breve instante, este atravesó son sus garras el corazón de mi capitán, devolviéndole el favor que me había hecho segundos atrás. Sus ojos rojos brillaban intensamente y las venas marcaban todo su cuerpo.

Ese era el poder de los Ex-Machina.

Escuchaba sus latidos en la distancia, y sabía que no se quedaría conforme solo con la muerte de quien atentó contra mi vida.

En un esfuerzo sobrehumano, logré alcanzar su mano.

El resto de soldados lo miraba con miedo, sus cuerpos temblaban de pavor.

Con mis últimas energías le susurré que se detuviera.

- ¿No querías… sentir algo…? Pues vas por mal camino… Eso que sientes ahora mismo… el motivo por el que tu cuerpo se mueve solo… Eso es ira. Eso es lo que los Ex-Machina temen tanto… Sé que puedes tener sentimientos… Buenos sentimientos. Pero si los matas ahora no podrás salir de esa oscuridad. – Según hablaba, su mirada se fue calmando. Las lágrimas brotaban de mis ojos. No por el dolor de la herida, sino por la tormenta que sentía en su corazón. – Aún no te he dado un nombre…
- Deja de hablar. Tus heridas empeorarán. – Por primera vez, su voz sonó diferente. Sonaba preocupado. Preocupado por mí.

Volvió su mirada hacia los soldados y, con el ceño fruncido, les ordenó marcharse inmediatamente del Clúster si no querían morir. Ellos no eran estúpidos. Habían visto lo que ere crío les había hecho a todos esos soldados Ex-Machina, y sin lugar a dudas sabían que no tendrían oportunidad contra él. En menos de 10 minutos, todos habían abandonado el lugar.

El pequeño se acercó a mí, y empezó a tratar mi herida. Gracias a mis genes, sobreviviría a eso.

- Azrael. – susurre suavemente.
- ¿Cómo? – él me miró confundido.
- Ese es tu nombre. ¿Te parece bien?
- ¿Por qué? ¿Tiene alguna lógica en concreto o algún significado?
- Azra es la transliteración de tu número de unidad: a21-181. Es un nombre bonito, ¿no crees?

- No me importa realmente, mientras lo hayas elegido tú. – Hizo una breve pausa mientras me vendaba. Sus mejillas se sonrojaron. – ¿Me enseñarás a sentir algo diferente a la ira?

Posé mi mano sobre su cabello, y se lo revolví enérgicamente.

- Ya lo has sentido, solo que no te has dado cuenta. Con el tiempo aprenderás a diferenciarlo. – Azrael sonrío patosamente. Estoy segura de que era la primera vez que lo intentaba. – ¿Quieres venir conmigo?
- ¿A dónde?
- A buscar la paz. Ambos somos iguales, ¿sabes? Tú creías en los humanos, y por ello te has enfrentado a tu raza. Y yo creo en vosotros, los Ex-Machina, por eso me he enfrentado a los míos. Si permanecemos juntos, con el tiempo ambos bandos entenderán que la convivencia entre nosotros es posible. Tienen que haber más como nosotros ahí fuera, y ahora depende de nosotros encontrarlos. ¿No te apetece cambiar el mundo? –Le sonreí con todas mis fuerzas y él me correspondió.
- ¿No te importa irte sin más? ¿No quieres volver a tu casa?
- Claro que quisiera volver, pero entonces tendría que dejarte a ti. Por supuesto que quiero volver con mis padres, pero ellos estarán bien aun si yo no estoy. ¿Sabes? Tengo un hermano menor algo más pequeño que tú, y si te dejara atrás se que él nunca me lo perdonaría. Con el tiempo lo entenderá, lo sé.

Miré hacia el cielo y pensé en ellos. Estarían bien, estaba segura.

El sol se había puesto hacía horas, y la luna brillaba en el cielo. Sabía que la senda que había elegido junto a Azrael no sería fácil, pero era lo que debíamos hacer.

Si quería cambiar a este loco mundo, todo se reducía a un sendero: conectar los corazones de humanos y Ex-Machina.

HARUCRUX